

---

ODA SEPTIMA.

---

À SÓGENES DE EGINA,

JOVEN VENCEDOR EN LOS CINCO-JUEGOS.

¡Hija divina de la excelsa Juno,  
Que con las Parcas como juez te sientas,  
Óyeme, madre de risueña prole,  
Casta Lucina!

Sin tu socorro, ni á la luz de Febo,  
Ni en las tinieblas de la oscura noche,  
Hebe tu hermana juventud hermosa  
Puede donarnos.

Al mismo punto no aspiramos todos,  
Y de la suerte la fatal balanza,  
A unos eleva, y á otros hasta el suelo  
Fiera deprime.

Por tí, del noble Teari6n al hijo  
Himnos de gloria los poetas cantan,  
Hoy que en las cinco juveniles luchas  
S6genes vence.

Meci6 su cuna la ciudad insigne,  
Del canto amiga, que los claros nietos  
De Eaco ilustran con su estrepitosa  
B6lica fama.

Fama que viva conservar anhelan  
Los ciudadanos de la bella Egina:  
Son las hazañas miel que de las Musas  
Colma la fuente.

Negras tinieblas y profundo olvido  
Dan las proezas sin el dulce canto.  
¿Quieres que eterno tu valor retrate  
Límpido espejo?

De Mnemosina, de brillante tiara,  
Favor alcanza; y encontrar procura  
Vate famoso que tus altos hechos  
Inclito cante.

Sigue el ejemplo del sagaz marino,  
Que el viento aguarda del tercero día,  
Sin que las anclas á levar lo mueva  
Ansia de lucro.

Rico y mendigo, con igual certeza  
Van á la tumba. Del astuto Ulises  
Los sufrimientos, que su clara fama  
Juzgo menores.

Al dulce Homero su renombre debe,  
Cuyas ficciones é inspirado vuelo  
Verdad parecen, al que oír sus dulces  
Fábulas logra.

Ciega es la mente del profano vulgo:  
Si lo que es justo discernir pudiera,  
¿Se hiriera acaso con su propio sable  
Ajax valiente?

Héroe más grande, con el rubio Atrida,  
(Excepto Aquiles) á salvar á Helena,  
De Ilo á los muros, en las naves nunca  
Zéfiro trajo.

Del Orco triste las hinchadas olas  
Cubren la barca de la humana vida,  
Y al hombre oscuro y al var6n preclaro  
Juntos sumergen.

Y si á la muerte sobrevive eterno  
El claro nombre de esforzados héroes,  
Al Dios lo debe que inmortales cantos  
Plácido inspira.

Así de Pirro la memoria vive,  
Aunque su cuerpo sepultado yace  
En los que *Centro de la tierra* llaman,  
Délficos campos.

Cuando á cenizas la ciudad de Priamo,  
A la cabeza de sus Griegas filas,  
Fuerte redujo, navegar á Esciro  
Quiso de vuelta.

Pero los vientos su bajel á Efira  
Llevan errante; y aunque breve tiempo  
Reina en Molosia, la corona ciñe  
Su descendencia.

Llegando á Delfos á ofrecer á Apolo  
Ricos despojos que en Ilión ganara,  
De un sacerdote la ávida cuchilla  
Torpe lo hiere.

Llora su muerte Delfos, que se precia  
De hospitalaria; mas se cumple el Hado,  
Que en aquel bosque manda que repose  
De Éaco un nieto,

Y en el de Febo vasto santuario  
Desde su tumba tutelar presida  
Las ricas fiestas, á que sólo asisten  
Ínclitos héroes.

Breves sentencias á tu elogio bastan:  
Pirro los juegos, cual veraz testigo  
Viendo severo, los heroicos hechos  
Juzga infalible.

¡Querida Egina! Pregonar no temo  
Que á tu alabanza belicosos abren  
Real camino, los que á Jove diste  
Hijos ilustres.

Pero ya callo, que el reposo es grato  
En todas cosas: aun la miel hostiga,  
Y de Ciprina las alegres flores  
Causan hastío.

¡Cuán diferentes hace á los mortales  
Naturaleza! ¡Cuán diverso rumbo  
Sigue cada uno, sin que nunca logre  
Dicha perfecta!

¿A quién fortuna concedió la Parca  
Hasta la muerte? Tu vejez al menos  
Hizo felice, ¡Teairón! al darte  
Inclita prole.

Ella te ha dado varonil prudencia  
Y heroica audacia. Mi imparcial elogio  
Nadie deseche; que meció mi cuna  
Tierra lejana.

Nunca mi labio negro vituperio  
Lanza envidioso: pura es mi alabanza  
Como las aguas con que el campo riega  
Límpida fuente.

A los valientes elogiar es justo,  
Y censurarme no podrá el Aqueo  
Que del Mar Jonio más allá reside,  
Si oye mi canto.

Sigo las leyes, que amistad al huésped  
Dicta sagrada. Con humilde planta  
Mis compatriotas avanzar me miran,  
Y ojo sereno.

De las violencias y mordaz censura  
Siempre me alejo; y á los Dioses pido  
Que, en paz con todos, de mi vida al trance  
Último llegue.

Quien ha escuchado de mi lira el eco,  
Quien mi carácter y candor conoce,  
Diga si acaso mis cantares mancha  
Crítica acerba.

¡Sógenes fuerte, vástago de Euxeno!  
Mi rauda lengua, cual herrada flecha,  
Fuera del blanco disparar no quise:  
Yo te lo juro.

Limpio tu cuello, sin sudor el pecho,  
Del pugilato vencedor saliste,  
Antes que Febo con su ardiente rayo  
Te calentara.

Más que fatiga da placer la lucha.  
Nadie me culpe, si mi voz al éter  
Osado alzando, celebré al atleta:  
Todo le debo.

Tejer coronas de laurel es fácil.  
¡Joven, aguarda! que mi Musa quiere  
De oro, y corales, y marfil ceñirte  
Rica diadema.

En Neme estamos: celebrad á Jove.  
En este suelo que resuene es justo  
De las Deidades en honor del Padre,  
Canto divino.

Dicen que Jove fecundó á la madre  
De Éaco insigne, que reinó en mi patria;  
Huésped benigno, y amoroso hermano,  
Hércules, tuyo.

Si al hombre sirve la amistad del hombre,  
¿Cuánto consuelo no dará un vecino?  
Y si es un Numen el que cerca mora,  
¡Cuánta delicia!

¡Oh de gigantes domador divino!  
A tí cercano, residir agrada  
Al joven púgil, de ínclitos mayores  
Emulo tierno.

Te ama cual padre Sógenes invicto;  
Y como lanza de dorado carro  
Entre los cuatro rápidos corceles  
Luce brillante,

Entre dostemplos que en tu honor seelevan  
A un lado y otro, su morada tiene,  
¡Oh de gigantes vencedor glorioso,  
Célico Alcides!

Tú que á los males del mortal remedio  
Fácil encuentras, á la diva Juno,  
Y á su marido, y á la Virgen-Diosa  
De ojos azules,

Ruega que al joven y á su padre alcancen  
Días hermosos y vejez robusta,  
Y que á los hijos de sus hijos vengan  
Bienes mayores.

De haber osado calumniar á Pirro  
No me remuerde mi conciencia pura:  
¿Mas qué repito cual locuaz nodriza?  
¡Musa, detente!

---



---

ODA OCTAVA.

---

À DINIAS DE EGINA,  
HIJO DE MEGAS,  
CORREDOR EN EL ESTADIO.

¡Belleza, casta Diosa,  
De Venus y sus cándidos amores  
Mensajera dichosa!  
Que siembras, ya de abrojos, ya de flores  
(En sus párpados venda)  
De mancebos y vírgenes la senda.

¡A los mortales cuánto,  
Cuánto á los mismos Númenes agrada  
Su sien de tanto en tanto  
Mostrar de verde mirto coronada!  
A Júpiter y á Egina  
Así sus dones prodigó Ciprina.

De tal amor el fruto  
Fué de prudencia y de valor prodigio;  
Universal tributo  
De admiración le atrajo su prestigio,  
Y al monarca de Enona  
Mil héroes ofrecieron su corona.

De los alrededores  
Vinieron, ni llamados ni vencidos,  
Los que eran cual señores  
De Atenas pedregosa obedecidos,  
Y la alta dinastía  
De Pélope, que á Esparta dirigía.

Cual ellos me prosterno,  
Y las rodillas de Éaco hoy abrazo;  
Y elevo ruego tierno  
Por la amada ciudad, cuyo regazo  
Nutre lo mismo que antes  
Heroicos y robustos habitantes.

Lidia corona tejo  
Con himnos, en carrera prolongada,  
Por Megas, noble viejo,  
Y por Diniás dos veces alcanzada.  
Espléndida presea  
Que ofrece á tronco y vástago Nemea.

Fortuna que no el dolo,  
Sino Dios aumentó, y en Dios se funda,  
Es durable tan sólo.

La bella Chipre, que la mar circunda,  
Así en su rey Cinira  
Riquezas dadas por el cielo admira.

¿Dó me lleva imprudente  
Mi raudo pie con ímpetu insensato?  
¡Musa mía, detente!  
Inútil es, si viejo, mi relato;  
Y si algo nuevo invento,  
Riesgo y envidia traerá mi cuento.

¡Envidia abominable!  
Al grande pierde, al inferior olvida;  
Ella su propio sable  
Contra Ajax Telamón volvió homicida:  
Si no nació elocuente,  
Siempre humillado se verá el valiente.

Premiamos á menudo  
La astuta falsedad. La gente griega  
A Ulises el escudo  
Con fraudulenta votación entrega:  
Sin armas ni esperanza  
En brazos de la muerte Ajax se lanza.

¡Cuán diferente el porte  
De entrambos, al vibrar asta y alfanje,  
Cuando el feroz Mavorte  
Agitaba de Troya la falange,  
Luchando de Pelides  
Por el cadáver, ó en las otras lides!

---

---

ODA NOVENA.

---

Á CROMIO ETNEO,  
VENCEDOR CON EL CARRO.

Venid desde el santuario  
Que alzó Sición á Febo,  
De Etna al recinto nuevo,  
¡Oh Musas! en solemne procesión.  
¡Cantad himnos de gloria!  
Al peregrino abiertas  
De par en par las puertas  
Están de Cromio en la feliz mansión.

Con rápidos bridones,  
En la veloz cuadriga,  
Supo, valiente auriga,  
Espléndidos laureles alcanzar;

Y á los divos Gemelos,  
Y á su madre Latona,  
Señores de Pitona,  
Hoy quiere sus cantares dedicar.

Los que en honor de Febo,  
De Asopo en la ribera,  
Adrasto instituyera,  
Certámenes ecuestres, cantaré;  
Y al recordar las luchas  
Primeras de corceles,  
Con délficos laureles  
Al fundador ilustre cubriré.

Con juegos nunca vistos,  
Ya de atletas bazarros,  
Ya de pulidos carros,  
Rey nuevo, dió renombre á la ciudad,  
Do sedición tremenda,  
Del patrio suelo Argivo  
Lo trajo fugitivo,  
Y del fuerte Anfiarao la maldad.

De Talao á los hijos,  
El rico principado  
Había arrebatado  
De su primo la audaz conspiración;  
Pero á las disensiones,  
Fin el varón prudente  
Pone, sin que fomite  
Odio, su generoso corazón.

Y de amistad en prenda,  
De Erifile, su hermana,  
(Después por oro insana)  
A Oiclides la mano concedió;  
Y príncipes más grandes  
Que Adrasto y Anfiarao,  
Del antiguo Danao  
Jamás la rubia estirpe conoció.

Y á Tebas, por sus siete  
Puertas tan renombrada,  
Hueste mal augurada  
Llevaron á sus órdenes los dos:  
Ni el relámpago Jove  
Vibrando desde lo alto,  
Los animó al asalto:  
A no partir los excitaba el Dios.

A inevitable rota  
La tropa se apresura:  
Ni al peón su armadura,  
Ni al caballero salva su bridón;  
Y á orillas del Ismeno  
De siete piras sube  
El humo en blanca nube,  
Término de la triste expedición.

No ve ni sus cenizas  
La patria encantadora:  
De jóvenes, devora  
Cadáveres el fuego mil y mil.



En tanto, con el rayo  
Cuyo furor no yerra,  
Jove, abriendo la tierra,  
A Anfiarao libró de lanza hostil.

Con cuadriga y caballos  
Lo sepultó en su seno,  
Cuando Periclimeno  
Iba al guerrero por la espalda á herir.  
De ignominioso golpe  
Salvarlo así consigue:  
Cuando un Numen persigue,  
Aun al hijo de un dios es dado huir.

Si libre ¡oh de Saturno  
Prole! el Hado te deja,  
Del Siciliano aleja  
La guerra, y del audaz Cartaginés.  
Sabias leyes, durable  
Paz, civiles honores,  
De Etna á los pobladores  
Ruégote ¡oh padre Júpiter! que des.

Entre ellos hay insignes  
Jinetes, y varones  
Que á ricas posesiones  
(¿Es creible?) prefieren la virtud.  
Sobre el honor, que sólo  
Da al hombre estable gloria,  
Gana triste victoria  
De riquezas la vil solicitud.

Mas si como escudero  
Impávido acompañas  
A Cromio en sus campañas,  
La diosa del honor verás con él.  
Ya al frente de su flota,  
Ya de su infantería;  
Ya la caballería  
Comande lidiador, la sigue fiel.

Ella á romper lo mueve  
La enemiga cohorte;  
Por ella de Mavorte  
El ímpetu contiene vencedor.  
Unir es dado á pocos  
Al valor, el talento  
Que de la guerra el viento  
Vuelva contra el ejército invasor.

Atribuye tal gloria  
La fama vocinglera  
A Héctor, que en la ribera  
De Escamandro, la patria defendió:  
Y junto al hondo Heloro,  
En el paso llamado  
*De la Amenaza Vado*  
De Agesidamo el vástago brilló.

Los que en el mar vecino  
Altos hechos de guerra  
Acometió, y en tierra,  
Otra vez cantarás, Musa gentil.

Después de las hazañas  
Que en juventud robusta  
Consuma en lucha justa,  
Plácida le vendrá la edad senil.

Si al ínclito renombre  
Debido á sus proezas,  
Espléndidas riquezas  
Aduna el benemérito mortal,  
A más sùblime altura  
Subir le está vedado.  
¡Oh Cromio! Te han donado  
Los Númenes ventura sin igual.

Da lustre á los banquetes  
Del huésped la alegría;  
Y el triunfo de este día  
Con el sùave canto crecerá:  
Y pues valor y audacia  
Presta á la lengua el vino,  
Dadme el licor divino  
Que mi dulce cantar inspirará.

Henchidas hasta el labio  
Con el líquido opimo  
Del domador racimo,  
Las argentinas copas distribuid,  
Que de Sición sagrada  
Trajeron los corceles,  
Con Febeos laureles  
Que á Cromio conquistaron en la lid.

El favor de las Gracias  
Tu diestra me conceda  
¡Oh Júpiter! y pueda  
La victoria de Cromio celebrar.  
Las flechas de mi musa  
Rectas al blanco lance,  
Y entre muchos alcance  
Esplendoroso triunfo mi cantar.

---

ODA DÉCIMA.

---

Á TIEO, HIJO DE ULIO,  
VENCEDOR EN LA LUCHA.

Cantad ¡oh Gracias! á Argos opulenta,  
De Juno celestial digna morada,  
De Danao ciudad, y sus cincuenta  
Célebres hijas de mansión dorada.  
Mil hazañas le dan ínclita gloria:  
¿Repetirá mi musa  
La dolorosa historia  
De Perseo y la Górgona Medusa?  
¿Contaré las ciudades y las villas  
Que Epafo alzó, del Nilo en las orillas?

Sola entre sus hermanas, Hipernestra  
 Deja en la vaina el homicida acero,  
 Con que el padre cruel arma su diestra  
 Contra el esposo que le dió primero.  
 A la inmortalidad la Virgen-Diosa  
 Sublima al gran Tidides;  
 Y Júpiter la fosa  
 Con sus rayos abrió, do yace Oiclides,  
 Cuando de Tebas al volver, la tierra  
 Tragó al que fuera vendaval de guerra.

Por sus bellas mujeres es famosa:  
 Testigo Jove, que en las redes cae  
 De Alcmena, sin saberlo infiel esposa,  
 Y de la gallardísima Danae.  
 De Adrasto al padre, y á Linceo augusto,  
 Exquisita prudencia  
 Y un espíritu justo,  
 De Júpiter donó la omnipotencia;  
 Y el mismo dios, á Anfitríon valiente  
 (Mortal afortunado) hizo pariente.

Cuando el Argivo con robusta lanza  
 Contra los Teleboas combatía,  
 El Padre de los Dioses su semblanza  
 Tomaba, y en su hogar se introducía.  
 A tanta dignación Hércules debe  
 Su ilustre nacimiento,  
 Y su enlace con Hebe,  
 Entre las Diosas de beldad portento,  
 Que con su madre Juno, protectora  
 De las esposas, en Olimpo mora.

A celebrar no basta los loores  
 Del Argólico suelo, el canto mío;  
 Y temo, con empresas superiores  
 A mi escaso vigor, causar hastío.  
 No obstante ¡oh Musa! tu valor no pierdas,  
 Y de mi dulce lira  
 Con las templadas cuerdas,  
 Canta los himnos que el triunfo inspira.  
 Oid, Argivos, de la lucha el juicio,  
 Y de Juno venid al sacrificio.

El hijo de Ulio, reluciente escudo  
 Dos veces en las luchas ha obtenido;  
 Y con tal premio, sus trabajos pudo  
 Tiéo vencedor dar al olvido.  
 El ofreció á las Musas su corona  
 En los Nemeos juegos;  
 Y en el Istmo y Pitona  
 Las que arrancara á multitud de Griegos;  
 Que tres victorias alcanzó en Corinto,  
 Y tres también de Adrasto en el recinto.

La noble aspiración que su alma enciende,  
 Entre sus labios la modestia hiela.  
 ¡Oh Padre Jove! pues de tí depende  
 Toda victoria, la que no revela  
 Dígnate concederle, ínclita gracia.  
 Su pecho férvido arde  
 Con juvenil audacia  
 Y abriga un corazón nada cobarde.  
 Tú lo sabes ¡oh Dios! y él, que ambiciona  
 La que te pido, Olímpica corona.

Por Hércules fundada, resplandeces,  
 Pisa, entre las atléticas arenas;  
 Y á tí el joven irá, que ya dos veces  
 Vencedor aclamaron en Atenas.  
 De dulces himnos al conuento blando  
 El tierno púgil iba,  
 El ánfora llevando  
 Con el licor de la sagrada oliva,  
 En rica cesta de áurea filigrana,  
 A la ciudad de Juno soberana.

A las Gracias, Tiéo, y los Gemelos,  
 Debes la que te cubre, inmensa gloria;  
 Que á tus maternos ínclitos abuelos  
 Concedieron victoria tras victoria.  
 ¡Oh! Si yo fuera del divino Antías,  
 Ó Trasiclo, pariente,  
 Por Argos me verías  
 Andar altivo con erguida frente.  
 De Preto á la ciudad, tales varones  
 Dieron más lustre aún que sus bridones.

En el Istmo y Cleona recogieron  
 Cuatro laureles. Con argénteas copas  
 Llenas de vino, de Sición volvieron;  
 Y de Pelene, con purpúreas ropas.  
 Los escudos y trípodes, en vano  
 Enumerar quisiera,  
 Que su robusta mano,  
 Ó su pié, sin igual en la carrera,  
 En Acaya, en Tegea, y en Clitora,  
 Y el Liceo ganó, do Jove mora.

Si á Cástor y á su Hermano, en hospedaje  
 Panfaes recibió, ¿qué maravilla  
 ¡Oh Tiéo! si tu ínclito linaje  
 Por su afición al pugilato brilla?  
 De Esparta los Tindárides divinos  
 Con Mercurio y Alcides  
 Dirigen los destinos.  
 Arbitros son en las heroicas lides,  
 Del antiguo favor guardan memoria,  
 Y dan al varón justo la victoria.

Cada cual á su turno mora un día  
 Del Padre Jove en la mansión eterna,  
 Y otro, desciende á la región umbría  
 De Terapne en la lúgubre caverna.  
 Place el destino igual á los Gemelos:  
 Que Pólux cariñoso,  
 A vivir en los cielos  
 Como perfecto dios, siempre dichoso,  
 Partir de Cástor prefirió la suerte,  
 Cuando éste halló en la guerra triste muerte.

De Idas la lanza atravesó su pecho,  
 En pleito vil, por míseros despojos:  
 Sobre el Taigeto hallándose en acecho,  
 Lo ve Linceo, el de agudos ojos,  
 A través de la encina que lo oculta.  
 Baján ambos insanos,  
 Y su acero sepulta  
 En Cástor, el mayor de los hermanos.  
 A entrambos Afarétidas alcanza  
 De Júpiter la súbita venganza.

El vástago de Leda armipotente  
Acude; y á la tumba de Afareo  
Se acogen, con furor haciendo frente  
Al fuerte Cástor, Idas y Linceo;  
Y al paterno sepulcro arrebatando  
La marmórea figura  
De Plutón venerando,  
Sobre Pólux arrojan la escultura;  
Mas ni detiene su ímpetu robusto,  
Ni á herirlo llega, el cincelado busto.

Sobre Linceo el semidió se arroja,  
Y le abre el corazón su dardo agudo;  
Mientras un rayo envuelto en nube roja,  
A Idas dispara Júpiter sañudo.  
Piedad no encuentran: en ceniza fría  
La Parca los convierte,  
Que en vano el hombre ansía  
Sus armas por medir con el más fuerte.  
A auxiliar á su hermano agonizante,  
Tindárides acude en el instante.

Del moribundo Cástor fiel derrama  
Sobre el abierto pecho, amargo llanto,  
Y: «¡Oh Padre amado! (sollozando clama)  
¿Remedio no darás á mi quebranto?  
A mí también la muerte ¡oh Rey del cielo!  
Cual á mi hermano envía:  
Sin él, vivir no anhelo;  
Sin él, ni honor ni gloria alcanzaría.  
Muy pocos hay que en la fatiga ruda  
Al afligido amigo den ayuda.»

Tales palabras á su padre dijo  
El tierno joven. Júpiter avanza,  
Y le responde: «¡Oh Pólux! tú eres mi hijo,  
Mas la inmortalidad á éste no alcanza;  
Que de esposo mortal, aunque guerrero,  
Lo concibió tu madre;  
Pero que elijas quiero  
La varia suerte que á tu afecto cuadre.  
Tendrás en el Olimpo, si te agrada,  
Sin muerte ni vejez, dulce morada.

»Con Palas y con Marte, trono eterno  
Llenarás á mi lado; mas si pide  
Gracia para el mortal tu amor fraterno,  
Todo con él sin excepción divide.  
Del cielo morarás en las alturas  
La mitad de la vida,  
Y la otra, en sus oscuras  
Cuevas, la tierra te dará guarida.»  
El buen hermano sin dudar resuelve,  
Y el habla, luz y vida á Cástor vuelve.